

texto **Víctor Raga**



dibujos **Montse Español**

Algar

Un huracán llamado Otilia

Explora la atmósfera con el señor Cantalombardi



Se acerca una tormenta

Antes de conocer al señor Cantalombardi, pensaba que estaba como una cabra. Me lo había encontrado alguna vez por la escalera, con su pelo revuelto, y se me había puesto un nudo en la garganta. ¿Qué te apuestas a que es un hombre loco o un comeniños?, pensaba. Pero después cambié de opinión. Y todo por culpa de Elena, que siempre está metiéndome en líos.

Elena va a la misma clase que yo. Y encima vive en la misma finca, así que tengo que jugar y hacer los deberes con ella tanto si quiero como si no, porque a mi madre le hace mucha gracia. «Es tan guapa y tan responsable», dice. Puede que sea guapa y responsable, pero también es un poco trasto. Siempre está pellizcándome las mejillas, o haciéndome cosquillas, y me dice cosas para hacerme rabiar.

—¡Ay, Martín, qué reguapo eres! ¿Quieres ser mi novio?

Cosas así. Y delante de la profesora, y de los compañeros, y de la panadera, y del primero que pasa por la calle. Tenemos nueve años. ¡Decidme si no es para vomitar!

Pero gracias a ella conocimos al señor Cantalombardi, y sólo por eso no le atizo un par de capones.



El viejo Cantalombardi vive en el piso de arriba, un ático con una terraza enorme. Ahora está jubilado, pero antes trabajaba de científico, o de espía, o de profesor, o de representante de quesos y chorizos, aún no lo sé muy bien.

El señor Cantalombardi sabe un montón de cosas. Tiene el ático lleno de trastos y de aparatos, y tiene hasta un invernadero donde guarda plantas para sus experimentos, plantas que tienen nombres raros como perejil, hortensia o manzanilla. Es para volverse loco, de verdad.

El caso es que Elena se empeñó un día en ir a casa del señor Cantalombardi a mirar por su telescopio, pero el hombre nos pilló. Y creyó que éramos unos niños malos que queríamos destrozarle la terraza, porque había un individuo que quería echarle de su

casa y no paraba de hacerle la puñeta. Pero le ayudamos a deshacerse de aquel tipejo y nos hicimos amigos.

Desde aquel día, podemos bajar a su terraza siempre que queremos. No hace falta que llamemos a la puerta, nos descolgamos por la escalerilla que comunica el terrado de la finca con el ático, y ya está.

Y eso es lo que hice ayer por la tarde. Cuando llegué, Elena y el señor Cantalombardi ya estaban trabajando dentro del invernadero.

—¡Ah del barco! ¿Puedo subir? —pregunté.

El señor Cantalombardi sacó la cabeza de la casita de cristal y contestó:

—Eh, grumete de agua dulce, te estábamos esperando.

No nos hemos vuelto locos. El ático no es un barco, eso lo sabemos, y más que subir a bordo lo que hacemos es bajar, pero nos

gusta imaginar que la terraza del señor Cantalombardi es como un barco que navega en medio del mar.

En el cielo se estaban acumulando algunas nubes oscuras. Hacía un poco de frío, y tuve que abrocharme la chaqueta antes de bajar. Al lado de la escalerilla, el señor Cantalombardi había instalado un trasto con una flecha y una especie de cucharas que se movían gracias a la fuerza del viento.

Un instante después, me reuní con Elena y con el señor Cantalombardi dentro del invernadero. Elena estaba trasplantando una planta, y llenaba de tierra la maceta. Me sonrió y me pellizcó la mejilla.

—¡Huy, pero que reguapo estás, Martín!
—chilló como una gallina histérica. Y después dijo la típica frase para hacerme rabiar:—
¿Quieres ser mi novio?